

HISTORIA, HÉROES Y ANTIHÉROES*

JOSEPH HODARA
El Colegio de México

Caída y recuperación

EN SU PARCIAL E INTELIGENTE diccionario, R. Nisbet señala que la nuestra es una edad antiheroica o, mejor, a-heroica.¹ Los grandes hombres de la historia se han encogido y recogido. El declive de la fe y la burocratización del mundo cerraban el crédito a los héroes. En lugar de éstos, la mediocridad se habría apoderado de los últimos siglos; tragedias y retos colectivos dejaron de suscitar la apoteosis que, como se sabe, fue en los tiempos griegos la deificación y el alto tributo a los héroes. Al desaparecer, ellos reafirman el desencanto y la chatura de la circunstancia contemporánea.

Nisbet incurre aquí en un error destemplado. Cierto, pensadores como Darwin, Marx y Freud, cada uno con su particular argumento, cavaron tumbas a los héroes. El primero subrayó la naturaleza animal, remota de cualquier divinidad, del hombre cotidiano; escamoteó pretensiones metafísicas o teológicas; para un Darwin, el culto al héroe constituiría un paganismo curioso, opuesto a su bien fundada zoología.

Marx, como analista social, hizo hincapié en el eslabonamiento causal de estructuras, de modos de producción; este determinismo desalojó al individuo en cuanto categoría histórica; es una pieza necesaria, pero necesariamente anónima. Sin embargo, Marx, el profeta, no pudo subestimar las fuerzas de la voluntad que se materializan en personajes y en movimientos, ora para acelerar ora para inhibir el curso imperturbable de los hechos. Él mismo, como Darwin y Freud, fue héroe. Ironía de las dialécticas.

* Para F. B.

¹ R. Nisbet, *Prejudices*, Cambridge, Harvard University Press, 1982, p. 152 y ss.

En fin, el animador del psicoanálisis puso al desnudo el influjo del inconsciente y de las fijaciones genéticas. Relativizó así la espontaneidad heroica. El problema verdadero no es el héroe: son sus seguidores. La admiración a lo heroico es una evidencia más de la fragilidad humana. El hombre no puede abstenerse de la trascendencia aunque Dios y Sus fabulaciones hayan muerto. Eurípides tenía razón: el héroe imprime significado cósmico a nuestras vidas.

De este modo, la biología, la historia y el análisis de los espacios interiores habrían conspirado para agrietar todos los pedestales y tributos. El héroe sería entonces una ficción, un expediente didáctico del cual nuestra presumida madurez no puede eximirse.

Espléndida ilusión, pues lo heroico aún nos encandila y enardece. Es un imperativo de la cultura que precisa modelos ejemplares, o tal vez se trata de una tendencia imparable de la condición humana. Porque también en estos tiempos existen figuras que creen vivazmente en una misión excepcional dictada por el Absoluto (si obedecemos a Hegel), o por el Destino (si se recurre a los antiguos griegos), o por la Historia (si se piensa en los nuevos dictadores). El héroe nace y muere por la *gratia* de su misión; sufre por y para la posteridad; ingresa con estruendo en la memoria colectiva. El héroe re-encanta al mundo; revela que lo mágico y lo demoníaco nos fascinan a pesar de nuestra pretenciosa racionalidad. Los nacionalismos del siglo XIX, las religiones seculares del nuestro, y las sacudidas de todos los tiempos son inconcebibles sin el héroe y sin el apetito por el heroísmo.

Esto no significa que la historia sea necesariamente la suma de las biografías de los grandes hombres, como diría Carlyle, o la yuxtaposición de figuras menores que se levantan de la mediocridad por la fortuna inesperada de sus interacciones, como nos revela Lewis Namier. Todavía no aludimos a la estatura *objetiva* de los héroes en ese eslabonamiento de los hechos que se denomina historiografía; sólo se subraya que nuestra ubicua subjetividad parece reclamar los misterios y los encantos del héroe. Debilidad original y siempre recuperada de la fantasía humana.

¿Quién es?

Burckhardt fue más perspicaz que Nisbet. En sus *Reflexiones*² alude a la “grandeza histórica” y a su personaje central, el héroe. Ambos —grandeza y héroe— son “lo que no somos nosotros”.³ Nos asalta “una necesidad de sumisión y asombro ... la tendencia a entusiasrnos con una impresión que consideramos grandiosa”. El historiador suizo define: “El grande hombre es aquel sin el cual el mundo nos parecería incompleto...” Es único e insustituible. Es lo anticotidiano. Es el Sábado de la Creación y su inicio volcánico. Por fuerza, Burckhardt añade, el héroe es artista, poeta, filósofo; no es “el simple inventor”.

En esta caracterización el preclaro cronista del Renacimiento se enreda en un equívoco. Pues la calidad de “héroe” no depende de su identidad profesional ni de las tareas específicas que desempeña. Cada época y cada cultura incuban sus héroes. Para el judaísmo, el Mesías será una figura armada y militante; para el cristianismo, el Mesías fue el modesto y dolido cuerpo elevado a la cruz, sino de futuros mártires; la Shía siempre esperó al Imán oculto que habrá de purificar al Islam mancillado por Occidente; para el budismo, el héroe es el asceta que por virtud del *cakravartim* reconquista el mundo; y en China, Guan Dí (o también llamado Guan Yü o Wu Di) fue ganando altura en las dinastías Tang, Song, Ming y Qing hasta convertirse en el “Gran Dí”, en el Dios de la Guerra para el cual se levantaron miles de templos y altares.

Ejemplos de los “únicos e insustituibles”, que hacen “coincidir lo general con lo específico, la permanencia con el movimiento”. En ellos Burckhardt resume “se condensan estados, religiones, culturas y crisis”.

El síndrome de Mishima

La misión superior que los héroes protagonizan y sufren los exime de la moral vigente. Están por encima de ella. La cabalgan sin tocarla. Son “rocas lanzadas al espacio”, como Napo-

² J. Burckhardt, *Reflexiones sobre la historia universal*, México, FCE, 1961.

³ *Op. cit.*, p. 264 y ss.

león decía de sí mismo. Para lograr esta calidad, el héroe corteja al drama y a la tragedia. Corteja a la muerte en vida. Necesita sufrir, expiar, por la idea que lo obsesiona. Cree con firmeza que su padecimiento conmoverá la lógica antiheroica de los hechos.

Esta inclinación la encontramos en el sufrido Mishima. Lo probó todo: las artes marciales, los nexos eróticos sin deslindes, la narración penetrante. Para estremecer al Japón que quería, para sacudir los fundamentos de su país profanado por el escueto racionalismo occidental, llamó fervorosamente a la insurrección. Y al fracasar sigue su lógica: la muerte según el rito, el rito de muerte que caracteriza a muchos héroes. El síndrome que cristaliza en Mishima no es un accidente; es el hilo que conecta variados perfiles heroicos. El *kamikaze* es acaso la expresión generalizada de una tensión existencial que vuelve a manifestarse en los fundamentalismos contemporáneos. Mishima está de algún modo presente en el "terror fanático" que recorre el orbe, terror que el Occidente industrial convenientemente olvida que lo practicó en su propia circunstancia.

Sin embargo, este síndrome no podría configurarse sin el intoxicamiento de los creyentes. El héroe necesita una audiencia que también ansía la *gratia*, el carisma, para ingresar significativamente en la historia. Los seguidores viven y mueren por el héroe; hasta pueden matarlo si una "oportunidad excepcional" lo exige. Una oportunidad en la que se combinen *eros* y *tánatos* para parir a los mártires que nombran a los hechos.

Fromm se refiere en este contexto a las inclinaciones sado-masoquistas de las multitudes magnetizadas por el héroe; Canetti señala "el retorno a lo primitivo", a la infancia salvaje, al calor de los llamados primigenios del líder divinizado. Pero estas tesis no quitan fuerza al síndrome; al contrario, revelan su historicidad, su racionalidad interna. Como decía Pascal: "Hay dos cosas extravagantes: excluir a la Razón, admitir sólo a ella."

El héroe en la historia

¿Cuál es el peso verdadero del "sagrado egoísmo" que anima al héroe? Barbara Tuchman propone una respuesta que elude

el asunto de la devoción colectiva a lo heroico.⁴ Para ella, el héroe es “el prisma de la época”; su biografía interesa en cuanto recurso adicional de la explicación histórica. Es un expediente útil que la historiografía debe adoptar. El héroe permite saber “lo que en verdad ocurrió”. Pero lo que en verdad ocurrió poco le debe al héroe. Tuchman reconoce que la “narración heroica” atrae a la mayoría de los lectores de crónicas. Sin héroes el recuento se tomaría tedioso, inapetente. Si el historiador quiere ser leído —¿y quién no anhela esta caricia remota y fantástica del ego?— debe evocar los rasgos de este prisma magnético.

Por ejemplo, Richard Strauss facilita la captación dramática de los dilemas del Imperio Alemán en vísperas de 1914; de modo semejante, Stilwell resume la experiencia norteamericana en China desde 1911 a 1944.

Tuchman no adjudica al héroe un atributo causal o detonante en la formación de los hechos. El héroe les imprime vigor, los personaliza en sumo grado; pero no cabe establecer *a priori* que “el héroe hace historia” o “hace a la historia”. La respuesta depende del contexto particular. Pero en cualquier caso el héroe ejerce un “efecto Scheherazade” puesto que ayuda a mantener la atención devota del lector. Como si el lector de la historia fuera un irremediable pagano: no le interesan las abstracciones que omiten ídolos e idolatrías.

En consecuencia, esta notable investigadora de pormenores significativos rechaza la psichistoria; el *voyeurism* de los personajes nominados por las crónicas constituye un artefacto metodológico que debe considerarse con perceptibles reservas.

No piensa así Eric Erikson.⁵ Primero, porque a su juicio los héroes hacen e influyen en su circunstancia; y, como corolario, sus traumas y complejos constituyen datos indispensables. El *voyeurism* no es una morbosidad prescindible; es un placer que el puro intelecto justifica. El historiador y el clínico —según este artista que adoptó el psicoanálisis no sólo por esteticismo— desempeñan funciones semejantes. Así, por ejemplo, la Refor-

⁴ B. Tuchman, *Practicing History*, Nueva York, Knopf, 1981, p. 80 y ss.

⁵ E. Erikson, *Historia personal y circunstancia histórica*, Madrid, Alianza Editorial, 1979.

ma habría tenido otro cariz sin las manías compulsivas de Lutero; la huelga textil de Ahmedabad (1918) sería incomprensible si se soslaya la libidinosa agresividad de Gandhi; tampoco la celebrada Marcha de la Sal (1930) habría tenido lugar. En estos casos, el personaje superior que la historia nombra cambió el curso "normal" de las cosas. Erikson se abstiene de precisar la jerarquía causal o epistemológica del paciente *cum* héroe y las consecuencias de su traumatología; pero este saber no puede ignorarse. Conclusión: la psichistoria no es una fabulación didáctica ni una invasión impertinente al territorio de los cronistas. Es un medio legítimo de explicar hechos colectivos. Es otra manera de escribir historia. Y de leerla.

Formación y deformación del héroe

Si se acepta que el héroe y sus devotos seguidores son cómplices y piezas de un mutuo encantamiento, ¿cómo se verifica este proceso y qué resultados aparece?

Este juicio conduce inevitablemente a Platón para quien el héroe —como el genio— es una noble modalidad de la demencia. Su inspiración y sus arrebatos constituyen una "locura divina", como bien lo explica en Fedro. Siglos más tarde, César Lombroso por un lado y Daniel Bell por el otro verán en ciertos héroes y en sus soportes entusiastas la materialización de una especie degenerada.

Sin embargo, estos reparos no niegan que el héroe intoxica, erotiza; es sin duda el *homo ludens* de pasiones encendidas. Como se adelantó, el romanticismo modernista, los nacionalismos, la magia del Absoluto, la tentación totalitaria, son inimaginables sin estos atributos del héroe y sin la devoción entregada que suscita. En perspectiva histórica, el héroe puede causar daños irreversibles a la condición humana, asesinarla ritualmente en nombre de una alejada humanidad. Pero también puede enoblecirla. En ningún caso, sus arrebatos son triviales.

Resultado: los héroes no han desaparecido como asegura Nisbet. Tal vez hoy los tenemos y les tememos más que en otras épocas. Aparecen en numerosos escenarios, desde el poder hasta el *rock*. El temor estrecha nuestra visión. Pero los

héroes se imponen. La soledad creciente del hombre moderno —asediado por la informática y por controles remotos— abre paso a la grata hospitalidad del héroe que tiende puentes entre las masas aisladas y las calles desiertas. El héroe reaviva la fe en nuestra historicidad, en nuestra aptitud para hacer historia cuando los tiempos ya no nos tienen presentes, porque ya no estamos en el presente.

El antihéroe

Estas reflexiones quedarían trucas —trucas sin remedio— si soslayaran otra modalidad del héroe. En general, las figuras que fascinan a los historiadores son solemnes, son perfiles graves y hasta gravosos que no toleran la broma, el chisme, el olvido. Pero hay otra variedad heroica: el antihéroe.

Piénsese en Erasmo cuyo *Elogio a la locura* es un ejercicio severo de la burla; con este escrito el humanista desarma los resortes fatigados de la Iglesia; su ironía destruye a los presuntuos dueños de la verdad excluyente. Erasmo no quiso ser héroe; mas su dialéctica del humor no difiere de la creación heroica (humor y creación: el binomio inseparable de Koestler).

Isaiah Berlín deslinda en pieza celebrada entre el “erizo” y el “zorro”.⁶ Este último se desliza y corre en varios frentes, con una intensidad sin par: es el héroe. Pero el erizo camina lento y sabe sólo una cosa que encierra con modesta obstinación: es nuestro antihéroe. La burla y la humildad también hacen historia.

Para los que dudan: recuerden el “valeroso soldado Schweik” que llenó de carcajadas a una Europa abrumada por la primera Gran Guerra. Schweik inventó estratagemas para engañar a los demonios, y sus empeños también reclaman el tributo.

En suma, héroes y antihéroes se integran en las “estructuras” y en las “duraciones intermedias y largas” que historiadores y analistas sociales inventan constantemente, para abrir en muchos casos las vertientes a especulaciones heroicas. Investigadores antihéroes que escriben arrobados la metahistoria de los días.

⁶ J. Berlín, *Pensadores rusos*, México, FCE, 1980, p. 69 y ss.